

Comidas y festejos criollos.

Entre un grupo de amigos acordamos festejar a Eduardo Zamacois con una

comida íntima. Como me hallaba en un período de especial dinamismo, acepté la tarea de organizador, la más ingrata de todas; esa que en el momento de arreglo de cuentas se reduce a un considerable desembolso. Durante una semana el organizador tuvo que correr de casa en casa solicitando adhesiones, trahinando por hoteles y restaurantes en busca de un menú presentable, al alcance del bolsillo de artistas que pocas veces lo tienen muy abastecido...

Afortunadamente, la simpática general que se conquistó Zamacois en Santiago hizo la tarea más liviana. El día señalado para el banquete nos reunimos sesenta o setenta personas en un espacioso salón del restaurante de la quinta, que tenía fama, en aquel tiempo, de servir bien y a un precio... bastante elevado. Escritores, periodistas, pintores, gentes de teatro, y hasta personajes del alto comercio español, se mezclaban alegremente alrededor de una bien servida mesa. La sencillez y espontaneidad del festejado, y una como consigna general de buen humor, hicieron que la fiesta transcurriera en franca camaradería, con chisporroteos de ingenio, de risas y de chistes malos, generalmente los más celebrados.

Es posible que yo fuera el más feliz de todos los concurrentes al ver reflejada en el rostro de Zamacois la satisfacción de sentirse al centro del cariño y la admiración de tan selecto grupo de hermanos espirituales reunidos en el último reducito que conquistaron los españoles en América del Sur. Apreciaba yo sus gestos, sufría al ver iniciada a alguna broma por algunos de los conmensales de "mano pesada"; suspendía mi aliento al escuchar la peroración de algún compañero que esponjaba su alar vanidosa con ingenua fatuidad; volvía a recobrar la calma al advertir que la pífia pasaba inadvertida entre el barullo de las conversaciones...

Llegó el momento de ofrecerse la manifestación, la hora del champagne y de los discursos. Estaba convenido que no fuera yo el que hiciera el discurso de buenas, rras, apesar de la obligación que me concernía como organizador. Conozco demasiado mio norvio vicio y se que el vacío profundo que se forma en mi cerebro cada vez que llega el instante de dirigir la palabra en público, aunque un minuto antes haya tenido el espíritu lleno de ideas y de esplendorosas imágenes.

Ofreció el banquete Miguel Luis Bocanegra. Habló también un pintor, Juan Francisco González. Llegó más tarde el turno a un miembro de la colonia española, allí presente, y echó su cuarto de espadas un actor cómico de la compañía de dramas que nos visitaba. Todo iba bien, muy bien. Nos reíamos, reíamos al saltar en la improvisación alguna frase jocosa dicha con oportunidad. Silencios, en los pasajes emotivos; aplausos, al terminar.... Todo iba tan bien, en una atmósfera tal de discreción y buen gusto, que no podía menos que mirar de vez en cuando a Zamacois como diciéndole: ¿qué le parece?... También sabemos hacer las cosas, ¿eh?

Un tintineo de cristales. Alguien golpeaba las copas con el cuchillo para llamar la atención. La sala ardía. El humo de los habanos formaba una atmósfera densa que aportaba al espíritu la satisfacción de los placeres opulentos. Los monjes, vestidos de smoking, servían licores en copas de fino cristal. El "Benedictine" nos bendecía con su mirada de topacio; el ajeno y la buena mente de las digestiones nos hacían pequeños guifos con sus ojos de esmeralda. Nuevo tintineo en las copas vacías... Manuel Magallanes Moure estaba de pío y esperaba que cesara el ruido para leer unos versos.

El pálido poeta, (nunca he visto una figura que respondiera mejor a este dictado), con su rostro de negras barbas y su frente que había huido atrás como una llama que sube, con aines hundidas y dos grandes entradas en el pelo suave y negro que también caminaba en el ocupado sin degenerar en melena. Vestía siempre de negro: un modesto vestón que buen corte que halgaba, la elegante despreocupación de su dueño, y en el cuello vuelto de la camisa, una corbata de flexible esmeralda negra mate, algunas veces, color de marfil viejo, otras. Con esta figura sencilla, de serenos movimientos felinos, no detonaba en ningún sitio, bien fuera en los buenos círculos de burgueses acomodados, ya en los centros de artistas aterrantos, o en los palacios de santoso refinamiento. Magallanes no tenía estridores, ni en el vestir, ni en su reposada charla, ni en su risa en sordina, ni en sus ojos soñolientos de café puro y desalado, ni en su actitud de fumador impeni-

Comidas y festejos criollos [manuscrito] Fernando Santiván.

AUTORÍA

Santiván, Fernando, 1886-1973

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Comidas y festejos criollos [manuscrito] Fernando Santiván. 2 hojas ; 27 x 27 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile